

MARIA MIES y VANDANA SHIVA

ECOFEMINISMO

TEORÍA, CRÍTICA Y PERSPECTIVAS

Icaria ✿ Antrazyt
MUJERES, VOCES Y PROPUESTAS

ÍNDICE

Prólogo a la edición española: ecofeminismo,
más necesario que nunca, *Yayo Herrero* 7

Prólogo, *Ariel Salleh* 11

Prefacio a la nueva edición

Vandana Shiva 17

María Mies 29

Introducción: ¿por qué escribimos juntas este libro?,
María Mies y *Vandana Shiva* 41

PRIMERA PARTE

CRÍTICA Y PERSPECTIVAS

- I. Reduccionismo y regeneración: crisis en la ciencia,
Vandana Shiva 73
- II. Investigación feminista: ciencia, violencia
y responsabilidad, *María Mies* 93

SUBSISTENCIA VERSUS DESARROLLO

- III. El mito de la recuperación del retraso
en el desarrollo, *María Mies* 121
- IV. El empobrecimiento el medio ambiente: las mujeres
y los niños, los últimos, *Vandana Shiva* 141
- V. ¿Quién ha hecho de la naturaleza nuestro enemigo?,
María Mies 171

LA BÚSQUEDA DE RAÍCES

- VI. Sin casa en la «aldea global», *Vandana Shiva* 183
- VII. La masculinización de la Tierra madre,
Vandana Shiva 197
- VIII. Las mujeres no tienen patria, *María Mies* 209
- IX. El dilema del hombre blanco: su búsqueda
de lo que ha destruido, *María Mies* 231

SEGUNDA PARTE

EL ECOFEMINISMO FRENTE A LA BIOTECNOLOGÍA COMO NUEVO CAMPO DE INVERSIÓN

- I. El saber propio de las mujeres y la conservación de la biodiversidad, *Vandana Shiva* 275
- II. Nuevas tecnologías de reproducción: sus implicaciones sexistas y racistas, *María Mies* 289
- III. Del individuo al «dividuo»: el supermercado de las «alternativas en el ámbito de la reproducción», *María Mies* 321

¿LIBERTAD PARA COMERCIAR O LIBERTAD PARA SOBREVIVIR?

- IV. Autodeterminación: ¿el fin de la utopía?, *María Mies* 351
- V. El GATT, la agricultura y las mujeres del Tercer Mundo, *Vandana Shiva* 369
- VI. El concepto de libertad de las mujeres del movimiento chipko, *Vandana Shiva* 391

SUBSISTENCIA: LIBERTAD FRENTE A DESARROLLO

- VII. Liberación de las consumidoras y los consumidores, *María Mies* 399
- VIII. La descolonización del Norte, *Vandana Shiva* 417
- IX. Personas o población: hacia una nueva ecología de la reproducción, *María Mies* y *Vandana Shiva* 435

CONCLUSIÓN

- X. La necesidad de un nuevo proyecto: el planteamiento de subsistencia, *María Mies* 465

Las autoras 501

PRÓLOGO A LA EDICIÓN ESPAÑOLA: ECOFEMINISMO, MÁS NECESARIO QUE NUNCA

Yayo Herrero

La humanidad se encuentra en una difícil situación. Los últimos informes del panel de expertos sobre cambio climático apuntan a que puede que los ecosistemas ya estén colapsando, y es imposible seguir ocultando los signos de agotamiento de energía y de materiales. Ya no es creíble, además, que el deterioro ambiental sea el inevitable precio que hay que pagar por vivir en sociedades en las que las grandes mayorías se sienten seguras: a la vez que se está destruyendo la naturaleza, las desigualdades en todos los ejes de dominación —género, clase, procedencia, edad...— se han profundizado y las dinámicas que expulsan a las personas de la sociedad están adquiriendo una velocidad aterradora.

Las diversas manifestaciones de la actual crisis civilizatoria —riesgo ecológico, dificultades para la reproducción social e incremento de la injusticia— están interconectadas y tienen su origen en la tensión esencial que existe entre la civilización agro-urbana-industrial, nacida en Occidente, y aquello que nos hace humanidad.

En 1997, Icaria publicaba *Ecofeminismo*, un texto de Vandana Shiva y María Mies que inspiró la reflexión y el trabajo que muchas mujeres —y algunos hombres— ecologistas hemos venido desarrollando. Este libro, junto con otros, nos ayudó a ver cuáles eran los mecanismos económicos, políticos, epistemológicos y simbólicos que sostienen un modelo biocida y que mantienen a las mayorías sociales anestesiadas e incapaces de darse cuenta de que lo que llamamos progreso y desarrollo, en muchas ocasiones, es el pro-

ceso de destrucción de las bases materiales que sostienen a la especie humana.

Shiva y Mies muestran el ecofeminismo como una potente corriente de pensamiento y un movimiento social que liga el ecologismo y el feminismo. Se trata de una filosofía y una práctica activista que defiende que el modelo económico y cultural occidental «se constituyó, se ha constituido y se mantiene por medio de la colonización de las mujeres, de los pueblos “extranjeros” y de sus tierras, y de la naturaleza». A partir de su trabajo, se revela que la subordinación de las mujeres a los hombres y la explotación de la naturaleza son dos caras de una misma moneda y responden a unas lógicas comunes: la ilusión de poder vivir al margen de la naturaleza, el ejercicio del poder patriarcal y del sometimiento de la vida a la exigencia de la acumulación.

El ecofeminismo, y de forma profunda en la obra de Shiva y Mies, somete a revisión conceptos clave de nuestra cultura: economía, progreso, ciencia... mostrando como estas nociones hegemónicas son incapaces de conducir a los pueblos a una vida digna, y destacando la urgencia en adoptar un nuevo paradigma que ponga freno a esta guerra declarada a la vida.

El ecofeminismo denuncia cómo la inmanencia de la vida humana y los límites ecológicos quedan fuera de las preocupaciones de la economía y del desarrollo. Esta denuncia trastoca las bases fundamentales del paradigma económico capitalista y desvela que su lógica es incompatible con la de un mundo sostenible y justo.

En esta línea, Shiva y Mies realizan una crítica profunda y contundente sobre el actual modelo social, científico, económico y cultural y proponen una mirada diferente sobre la realidad cotidiana y la política, dando valor a elementos, prácticas y sujetos que han sido designados por el pensamiento hegemónico como subalternos, y que han sido invisibilizados. Contribuyen a desmontar la visión mítica que permite separar humanidad y naturaleza; establecen la importancia material de los vínculos y las relaciones sostenidas por las mujeres; y otorgan papel similar a la llamada producción y a la reproducción como elementos indisociables del proceso económico.

La ignorancia de las dependencias materiales de la capacidad regenerativa de la tierra y del trabajo de subsistencia y cuidados ha acabado desviando la noción de producción y de trabajo, y ha contribuido a alimentar el mito del crecimiento económico ilimitado y la fantasía de la individualidad.

Pero si nuestra especie quiere perdurar, la producción tiene que ser una categoría ligada al mantenimiento de la vida y al bienestar de las personas, es decir, lo producido, debe ser algo que permita satisfacer necesidades humanas con criterios de equidad. Distinguir entre las producciones socialmente necesarias y las socialmente indeseables es imprescindible y los indicadores monetarios al uso (como el Producto Interior Bruto) no permiten discriminar entre ambas.

Una noción de producción, forzosamente desgajada de la reproducción, ha conducido a manejar un concepto de trabajo que se reduce a aquello que se hace a cambio de salario y que obliga a hacer el cuerpo apropiado para lo que exige la disciplina capitalista. El cuerpo-máquina se convierte en una herramienta de trabajo y la regeneración y reproducción de esos cuerpos no es responsabilidad del espacio de la producción mercantil que se desentiende de ellas, relegándolas al espacio doméstico. Allí, las mujeres obligadas por la división sexual del trabajo en las sociedades patriarcales, asumen esas funciones desvalorizadas. Mies propone reformular el concepto de trabajo definiéndolo como aquellas tareas dedicadas a la producción de vida que deben ser realizados por hombres y mujeres porque son responsabilidad del conjunto de la sociedad.

Tomar conciencia de la forma en la que la economía capitalista se sostiene destruyendo naturaleza y explotando el trabajo de las mujeres en los hogares y economías de subsistencia, puede permitir reconfigurar la lógica económica, de tal modo que el núcleo del interés no sea el crecimiento —a costa de lo que sea y sin que importe si se satisfacen o no necesidades— sino el bienestar de las mayorías.

Las dimensiones ecológica y feminista son imprescindibles para transformar la concepción y la gestión del territorio y para re-

organizar los tiempos de la gente... Sin ellas, es imposible alumbrar un modelo compatible con la biosfera que trate de dar respuesta a todas las diferentes formas de desigualdad.

El punto de partida es la inevitable reducción de la extracción y presión sobre los ciclos naturales. En un planeta con límites, ya sobrepasados, el decrecimiento de la esfera material de la economía global no es tanto una opción como un dato. Esta adaptación puede producirse mediante la lucha por el uso de los recursos decrecientes o mediante un proceso de reajuste decidido y anticipado con criterios de equidad.

Una reducción de la presión sobre la biosfera que se quiera abordar desde una perspectiva que sitúe el bienestar de las personas como prioridad, obliga promover una cultura de la suficiencia y de la autocontención en lo material, a apostar por la relocalización de la economía y el establecimiento de circuitos cortos de comercialización, a restaurar una buena parte de la vida rural, a disminuir el transporte y la velocidad, a acometer un reparto radical de la riqueza y a situar la reproducción cotidiana de la vida, responsabilidad de hombres y mujeres, en el centro del interés.

El ecofeminismo, poco a poco, va calando en los análisis de otros movimientos sociales y políticos. Creemos que esta mirada resulta imprescindible para realizar un análisis material completo del metabolismo social y establecer diagnósticos más ajustados sobre la crisis civilizatoria. Esta mirada es central para ayudar a diseñar las transiciones necesarias hacia una sociedad más justa y compatible con los límites de la naturaleza. Por ello, nos alegramos de que una nueva edición ampliada de este libro vea de nuevo la luz casi 20 años después de aquella primera. Desde luego, falta de vigencia e interés, no tiene.

PRÓLOGO

Ariel Salleh*

Quizá la palabra «ecofeminismo» sea nueva, pero siempre ha impulsado los esfuerzos de las mujeres por salvaguardar su sustento y garantizar la seguridad de sus comunidades. Desde las habitantes de los bosques de Chipko en el norte de la India hace 300 años hasta las madres de los mineros de los Apalaches de la actualidad, sigue la lucha por crear sociedades a favor de la vida. Y hoy en día, la lucha se intensifica a medida que la globalización empresarial se dilata y se contrae y no deja una piedra sin remover ni un cuerpo sin utilizar. La asociación de María Mies y Vandana Shiva simboliza esta afinidad entre las mujeres: nos habla de una energía primordial observada en un movimiento extendido por todos los continentes. Las feministas ecologistas no solo pelean en la calle; hacen también filosofía.

«Solo conectar»: esto sintetiza de qué va la perspectiva. Que yo sepa, el ecofeminismo es el único marco político capaz de explicar con detalle los vínculos históricos entre capitalismo neoliberal, militarismo, ciencias empresariales, alienación de los trabajadores, violencia doméstica, tecnologías reproductivas, turismo sexual, abuso infantil, neocolonialismo, islamofobia, extractivismo, armas nucleares, apropiación de agua y tierras, deforestación, ingeniería genética, cambio climático y el mito del progreso moderno. Las

* Universidad de Sidney.

soluciones ecofeministas son también sinérgicas: la organización de la vida cotidiana en torno a la subsistencia favorece la soberanía alimentaria, la democracia participativa y la reciprocidad con los ecosistemas naturales.

Era inevitable que Mies y Shiva confluyeran, dadas con sus sólidas percepciones poscoloniales, su denuncia de la ideología del siglo xx del desarrollo «recuperatorio» y su énfasis en las facultades de las mujeres para salvaguardar economías locales sostenibles.

Maria se formó como socióloga. Su tesis doctoral, publicada en inglés en 1980 con el título de *Indian Women and Patriarchy: Conflicts and Dilemmas of Students and Working Women* [Mujeres indias y patriarcado: Conflictos y dilemas de mujeres trabajadoras y estudiantes], se centraba en los conflictos de rol de las mujeres en la India, donde investigó también la explotación capitalista de las amas de casa encajeras. En su país, se incorporó al movimiento feminista y se mostró muy activa en diversos movimientos sociales, entre ellos los ecologistas y los antinucleares. Experiencias como esas influyeron en su labor docente relativa a los estudios sobre las mujeres, en el Instituto de Ciencias Sociales de La Haya. Planificó una metodología de investigaciones feministas, que pasó a aplicar en una crítica del marxismo con Veronika Bennholdt-Thomsen y Claudia von Werlhof. En 1986, Zed Books publicó el libro *Patriarchy and Accumulation on a World Scale* [Patriarcado y acumulación a escala mundial]; en 1999, Maria fue coautora de *The Subsistence Perspective* [La perspectiva de la subsistencia]; en 2010, salió al mercado una autobiografía: *The Village and the World* [El pueblo y el mundo].

Vandana obtuvo un doctorado canadiense en física teórica. No obstante, como madre joven preocupada por la amenaza nuclear a la vida en la Tierra, dejó su empleo y creó una Fundación Investigadora para Políticas Científicas, Tecnológicas y de Recursos Naturales en Dehradun, su ciudad natal. Su primer libro, *Abrazar la vida: mujer, ecología y desarrollo*, fue publicado por Zed Books en 1989. Se trata de una descripción empírica de la denominada Revolución Verde de la India, y de los tremendos estragos que causó en las cosechas, el suelo y la vida de los campesinos. *Ecofeminis-*

mo, escrito conjuntamente con Mies, apareció en 1993. Entre los demás libros se incluyen *Biopiratería: el saqueo de la naturaleza y del conocimiento*, una selección de textos sobre biotecnología coeditada en 1995; *Las guerras del agua*, de 2002; y *Manifiesto por una democracia de la tierra: justicia, sostenibilidad y paz*, de 2005. Shiva ha recibido numerosos premios, da conferencias con asiduidad y es considerada una de las mujeres más influyentes del mundo.

Mies y Shiva son las pensadoras ecofeministas más destacadas; no obstante, desde la década de 1970 diversas mujeres de todas partes han estado elaborando respuestas feministas ecologistas a los impactos provocados en la salud y el medio ambiente por la «modernización» —eufemismo de la transformación de las tecnologías de la Segunda Guerra Mundial en bienes de consumo rentables, como la energía nuclear o los pesticidas agrícolas. En la actualidad, la bibliografía internacional del feminismo ecologista comprende numerosos libros y artículos, y se enseña como asignatura principal en la universidad así como en cursos de ética ecologista, pensamiento social y político, estudios de género, geografía humana, humanidades medioambientales y, más recientemente, ecología política.

Dicho esto, el público no siempre comprende bien la relación entre el ecofeminismo y el feminismo como tal. La corriente dominante del «feminismo» tiene muchos afluentes, cada uno con diferentes objetivos y estrategias. La forma fundamental del feminismo se expresa cuando las feministas radicales subrayan las contradicciones de la experiencia cotidiana de las mujeres bajo la dominación masculina. Por otro lado, las feministas culturales/espirituales celebran el potencial liberador de los «valores feministas», al tiempo que reconocen que muchas de estas actitudes han sido impuestas a las mujeres a lo largo de la historia. Las feministas socialistas examinan la forma excepcional de explotación económica de las mujeres como trabajadoras domésticas no remuneradas en el mercado global. Las feministas liberales buscan simplemente igualdad de oportunidades para las mujeres dejando intacta la sociedad capitalista. Las feministas posestructurales analizan

el modo en que el lenguaje construye y sitúa socialmente a las mujeres en los medios de comunicación de masas, la literatura, la religión, la ley, etcétera.

Con el ecofeminismo, el enfoque político se orienta hacia fuera. Su primera premisa es que, en el sistema patriarcal capitalista, los recursos «materiales» de las mujeres y de la naturaleza están interconectados desde el punto de vista estructural. Las ecofeministas acaso se inspiren de vez en cuando en otras corrientes del feminismo, pero los planteamientos liberales y posmodernos son, por lo general, poco útiles para crear alianzas políticas globales con trabajadores, campesinos, pueblos indígenas y otras víctimas de la tendencia occidental a la acumulación. Una faceta importantísima del ecofeminismo es que ofrece una alternativa al relativismo dominante mientras la mercantilización capitalista homogeneiza las culturas. Mies y Shiva ponen de relieve un marcado contraste entre la decadencia social del consumismo pasivo y la vitalidad social de las economías de sustento autónomas, autosuficientes e imaginativas: la subsistencia.

Transcurridos más de veinte años desde la publicación de *Ecofeminismo*, vemos que todos los problemas socioeconómicos y cultural-psicológicos clave abordados en el libro siguen siendo actuales —y bajo el dominio del neoliberalismo global, muchas situaciones han incluso empeorado. La metodología del poder es «divide y vencerás». Así pues, tal como señala Mies, los países prósperos promueven un miedo público al terrorismo para justificar intervenciones exteriores movidos por el puro interés. Shiva observa que, en su país, la imposición de ajustes estructurales ligados al libre comercio provocó tanta desorganización y tensión que en algunas comunidades las agresiones a las mujeres aumentaron un 800 por ciento. En su trabajo, las autoras aplican su potentísima lente deconstructiva al «reduccionismo» de la ciencia contemporánea, dogma profundamente inspirado en viejas motivaciones patriarcales.

Si el mensaje de este libro se hubiera asimilado hace veinte años, quizá se habrían evitado muchas consecuencias desdichadas. Por ejemplo, *Ecofeminismo* explica que tanto la crisis financiera

como la medioambiental son sexo-genéricas. Además, el libro adelanta las causas de que cada crisis haya activado en la actualidad nuevos tipos de resistencia política entre los jóvenes, los trabajadores precarios o los refugiados de la periferia geográfica. Hoy día, la izquierda está compuesta, si no dirigida, por activistas del Foro Social Mundial, la Vía Campesina, la Red Medioambiental Indígena, la Marcha Mundial de las Mujeres, el Movimiento Occupy o Liberación Animal. Hay un llamamiento a favor del decrecimiento, de lo público o comunal y del «buen vivir». Y para la gente que quiere un diagnóstico inclusivo de nuestra convulsa época, no se me ocurre cosa mejor que este libro.

«Solo conectar.» Ninguna otra perspectiva política—liberalismo, socialismo, feminismo, ecologismo— puede integrar lo que hace el ecofeminismo: por qué los gitanos aún son tratados como animales; por qué las mujeres realizan en el mundo el 65 por ciento del trabajo por el 10 por ciento del salario; por qué en internet las imágenes de niños víctimas de abusos sexuales generan millones de dólares; por qué se crían pollos solo por su hígado y sus alitas; o por qué la propia Tierra está siendo manipulada como arma de guerra. La pérdida de especies es endémica, se acerca el pico del agua, el suelo está perdiendo integridad orgánica, la atmósfera es azotada por furiosas tormentas. Como dice Vandana: «Estamos en medio de una lucha épica... entre los derechos de la Madre Tierra y los derechos de las multinacionales y los estados militarizados que se valen de cosmovisiones obsoletas.» Este es el desafío de nuestra generación.

Noviembre de 2013

PREFACIO A LA NUEVA EDICIÓN

Vandana Shiva

Cuando hace dos décadas María Mies y yo escribimos *Ecofeminismo* estábamos abordando los retos emergentes de nuestra época. Todas las amenazas identificadas han crecido y se han agravado. Y al mismo tiempo, si se trata de que sobrevivan la humanidad y las diversas especies con las que compartimos el planeta, es mayor que nunca la necesidad de una alternativa al patriarcado capitalista.

Ecofeminismo se publicó un año después de la Cumbre de la Tierra, en la que los gobiernos del mundo firmaron dos importantes tratados: la Convención sobre Diversidad Biológica y la Convención Marco de la ONU sobre el Cambio Climático. Aún no existía la Organización Mundial de Comercio. Sin embargo, dos años después de publicarse *Ecofeminismo* se creó la OMC, que dio prioridad a los derechos, la actividad y los beneficios de las multinacionales y socavó aún más los derechos de la Tierra, de las mujeres y de las generaciones futuras. Nosotras escribimos sobre lo que suponía la globalización para las mujeres y la naturaleza. Todas las crisis que mencionamos son ahora más graves; todas las manifestaciones de violencia, más crueles. Se creó Mujeres Diversas por la Diversidad para responder a una globalización corporativa que estaba reduciendo el mundo a monocultivos controlados por las empresas locales. En 1999, en Seattle, impedimos la Conferencia Ministerial de la OMC. No obstante, se han estado promoviendo antidemocráticamente convenios de «libre comercio», como el Acuerdo de Libre Comercio UE-India o el Acuerdo de Agricultura EE UU-India, concebido para poner la agricultura y los alimentos de la India en manos de Monsanto, Cargill

y Walmart, con el fin de ampliar el dominio de las multinacionales pese a comprobar la ruina que dejan a su paso: granjas arrasadas, personas desplazadas, ecosistemas devastados, desaparición de la diversidad, caos climático, sociedades divididas e intensificación de la violencia contra las mujeres.

Intensificación de la violencia contra las mujeres

La violencia contra las mujeres es tan vieja como el patriarcado. El patriarcado tradicional ha estructurado nuestras cosmovisiones y maneras de pensar, nuestros mundos sociales y culturales, partiendo de la dominación sobre las mujeres y de la negación de su condición humana plena y su derecho a la igualdad. Pero en el pasado reciente, esto se ha intensificado y generalizado. Y ha adoptado formas más brutales, como la violación en grupo y el asesinato producidos en Nueva Delhi o el suicidio de una chica de 17 años tras ser violada en Chandigarh.

Las violaciones y los casos de violencia contra las mujeres han aumentado con los años. La Oficina Nacional de Registro de Delitos (NCRB, por sus siglas en inglés) informó de 10.068 casos de violación en 1990, que en 2000 llegaron a 16.496. La cifra de 24.206 violaciones en 2011 indica que estas aumentaron en un pasmoso 873 por ciento con respecto a 1971, cuando la NCRB empezó a recoger datos. Nueva Delhi ha llegado a ser la capital de las violaciones en la India: allí se producen el 25 por ciento de los casos.

Hay que seguir con las movilizaciones para detener esta violencia hasta que se haga justicia a cada una de nuestras hijas y hermanas que haya sido violada. Y mientras intensificamos la lucha por lograr justicia para las mujeres, debemos plantear también la cuestión de por qué los casos de violación han aumentado un 240 por ciento desde la década de 1990, cuando se implantaron las nuevas políticas económicas.

¿Existe alguna conexión entre el aumento de las políticas económicas violentas, impuestas antidemocráticamente, injustas e injustificadas, y el recrudecimiento de la brutalidad de los crímenes contra las mujeres? Creo que sí. No estoy sugiriendo que la violen-

cia contra las mujeres haya empezado con la economía neoliberal. Soy plenamente consciente de los sesgos de género existentes en nuestras culturas tradicionales y organizaciones sociales. Yo estoy actualmente empoderada porque antes otras personas combatieron las exclusiones y los prejuicios contra las mujeres y los niños: mi abuelo sacrificó su vida por la igualdad de las mujeres, y mi madre fue feminista antes de que existiera la palabra.

La violencia contra las mujeres ha adoptado formas nuevas y más despiadadas a medida que las estructuras patriarcales tradicionales se han ido hibridando con las estructuras del patriarcado capitalista. Hemos de analizar las relaciones entre la violencia de los sistemas económicos injustos y no sostenibles y la frecuencia y crueldad crecientes de la violencia contra las mujeres. Hemos de comprender cómo se intensifica la violencia contra las mujeres debido a la fusión de las estructuras del patriarcado tradicional con las estructuras emergentes del patriarcado capitalista.

Siempre ha habido ciclones y huracanes. Sin embargo, como ponen de manifiesto el superciclón Orissa, el ciclón Nargis, el ciclón Aila, el huracán Katrina y el huracán Sandy, su intensidad y frecuencia han aumentado con el cambio climático.

Nuestra sociedad ha mostrado tradicionalmente una tendencia contraria a las niñas. En todo caso, la epidemia de feticidios femeninos y la desaparición de 30 millones de niñas no nacidas han llevado esta tendencia a unas proporciones y unos niveles de violencia inauditos. Y es aquí, en esta dinámica de violencia más brutal y feroz contra las mujeres y de múltiples formas interconectadas de crueldad, donde los procesos desencadenados por el neoliberalismo son factores concurrentes.

En primer lugar, el modelo económico centrado de forma miope en el «crecimiento» empieza siendo violento contra las mujeres al pasar por alto la contribución de estas a la economía. Cuanto más habla el gobierno —*ad nauseam*— sobre «crecimiento inclusivo» e «inclusión financiera», más excluye las aportaciones de las mujeres a la economía y a la sociedad. Según los modelos económicos patriarcales, la producción para el sustento cuenta como «no producción». La transformación del valor en «no valor»,

del trabajo en «no trabajo» y del conocimiento en «no conocimiento» se logra gracias al número más poderoso que rige nuestra vida: el constructo patriarcal del PIB, el producto interior bruto, que ya se ha empezado a denominar «problema interior bruto».

Los sistemas nacionales de contabilidad que se utilizan para calcular el crecimiento en función del PIB se basan en el supuesto de que, si los productores consumen lo que producen, la verdad es que no producen nada en absoluto, pues se sitúan fuera del límite de producción. El límite de producción es una creación política que, por definición, excluye del área productiva los ciclos de producción regenerativa y renovable. De ahí que todas las mujeres que producen para la familia, los hijos, la comunidad y la sociedad sean consideradas «no productivas» y «económicamente inactivas». Cuando las economías se reducen al mercado, la autosuficiencia económica se percibe como una deficiencia. La subvaloración del trabajo de las mujeres, y del trabajo en las economías de subsistencia del Sur, es la consecuencia natural de un límite de producción creado por el patriarcado capitalista.

Al circunscribirse a los valores de la economía de mercado, tal como lo define el patriarcado capitalista, el límite de producción pasa por alto el valor económico de dos economías vitales que son necesarias para la supervivencia humana y ecológica: la economía de la naturaleza y la economía del sustento. En estas economías, el valor económico es una medida de cómo se protegen la vida humana y la vida de la Tierra. La moneda en circulación son los procesos que dan vida, no el dinero en efectivo ni el precio de mercado.

En segundo lugar, un modelo de patriarcado capitalista que excluye el trabajo de las mujeres y la creación mental de riqueza acentúa la violencia al alejar a las mujeres de sus medios de vida y de los recursos naturales de los que depende su sustento: la tierra, los bosques, el agua, las semillas y la biodiversidad. Las reformas económicas basadas en la idea del crecimiento ilimitado en un mundo limitado solo se pueden mantener si los poderosos se apropian de los recursos de los vulnerables. La apropiación de recursos, esencial para el «crecimiento», crea una cultura de la violación—violación de la Tierra, de las economías locales autosuficientes, de

las mujeres. Este «crecimiento» solo puede ser «inclusivo» si incluye cada vez a más gente en su círculo de violencia.

He recalcado una y otra vez que la violación de la Tierra y la violación de las mujeres están estrechamente relacionadas: tanto desde el punto de vista metafórico, al determinar cosmovisiones, como material, al determinar la vida cotidiana de las mujeres. La mayor vulnerabilidad económica de las mujeres las vuelve más inermes ante toda forma de violencia, incluida la agresión sexual, tal como hemos observado en una serie de sesiones públicas—organizadas por la Comisión Nacional sobre las Mujeres y la Fundación para la Investigación en Ciencia, Tecnología y Medio Ambiente— sobre el impacto de las reformas económicas en las mujeres.

En tercer lugar, las reformas económicas desembocan en la subversión de la democracia y la privatización del gobierno. Los sistemas económicos influyen en los sistemas políticos; los gobiernos hablan de reformas económicas como si no tuvieran nada que ver con la política y el poder. Hablan de mantener la política al margen de la economía, incluso mientras imponen un modelo económico determinado por la política de una clase y un género concretos. Las reformas neoliberales se oponen a la democracia. Lo hemos visto recientemente en las «reformas» que ha promovido el gobierno indio para introducir Walmart a través de la FDI [Foreign Direct Investment, Inversión extranjera directa] en el sector minorista. Las reformas mediatizadas por las multinacionales crean una convergencia de poder político y económico, un aumento de las desigualdades y un creciente alejamiento de la clase política con respecto a la voluntad de la gente a la que supuestamente representan. Esto está en el origen de la fractura entre los políticos y la población, algo que experimentamos durante las protestas que se han producido en Nueva Delhi desde la violación en grupo.

Lo que es aún peor es una clase política alienada con miedo a sus propios ciudadanos. Esto explicaría la creciente utilización de la policía para reprimir protestas ciudadanas pacíficas, tal como hemos visto en Nueva Delhi, así como la tortura de Soni Sori en Bastar, la detención de Dayamani Barla en Jharkhand, o los miles de acusaciones contra las comunidades que luchan contra la cen-

tral nuclear de Kudankulam. Un Estado corporativo privatizado se convierte enseguida en un Estado policial. Es por eso por lo que los políticos se rodean cada vez de más seguridad, alejando a la policía de la importante obligación de proteger a las mujeres y los ciudadanos corrientes.

Cuarto, el modelo económico determinado por el patriarcado capitalista se basa en la conversión de todo en mercancía, mujeres incluidas. Cuando impedimos la Conferencia Ministerial de la OMC en Seattle, el eslogan era «Nuestro mundo no está en venta».

Una economía basada en la desregulación del comercio y en la privatización y la mercantilización de las semillas y los alimentos, de la tierra y el agua, de las mujeres y los niños, degrada los valores sociales, refuerza el patriarcado e intensifica la violencia contra las mujeres. Los sistemas económicos influyen en los valores culturales y sociales. Una economía de la mercantilización crea una cultura de la mercantilización, en la que todo tiene un precio y nada tiene valor.

La creciente cultura de la violación es una externalidad social de las reformas económicas. Necesitamos institucionalizar auditorías sociales de las políticas neoliberales que en nuestra época son un instrumento primordial del patriarcado. Si hubiera habido una auditoría social de la corporativización del sector de las semillas, 28.400 campesinos indios no se habrían visto empujados al suicidio desde que se implantaron las nuevas políticas económicas. Si hubiera habido una auditoría social de la corporativización de los alimentos y la agricultura, una de cada cuatro personas no pasaría hambre, una de cada tres mujeres no estaría desnutrida, y uno de cada dos niños no estaría exangüe y raquítico debido a depauperación grave. La India actual no sería la República del Hambre de la que hablaba Utsa Patnaik.

Hemos de ver el continuo de las diferentes formas de violencia contra las mujeres: desde el feticidio femenino a la exclusión económica y la agresión sexual. Tenemos que mantener la movilización por las reformas sociales necesarias para garantizar a las mujeres protección, seguridad e igualdad, basándonos en los cimientos puestos durante nuestra lucha por la independencia y desarrolla-

dos por el movimiento feminista a lo largo del último medio siglo. La agenda de las reformas sociales, la justicia social y la igualdad ha sido desbaratada por la agenda de las «reformas económicas» establecida por el patriarcado capitalista.

Y mientras tanto hemos de cambiar el paradigma imperante que reduce la sociedad a la economía, que reduce la economía al mercado, y que nos es impuesto en nombre del «crecimiento», lo cual incrementa la intensidad de los crímenes contra las mujeres al tiempo que agrava las desigualdades económicas y sociales. La sociedad y la economía no están aisladas la una de la otra; los procesos de las reformas sociales y las reformas económicas ya no se pueden separar. Necesitamos reformas económicas basadas en reformas sociales que corrijan las desigualdades de género en la sociedad, no que recrudezcan las distintas formas de injusticia, desigualdad y violencia. Para poner fin a la violencia contra las mujeres hace falta también dejar atrás la economía violenta implantada por el patriarcado capitalista y sustituirla por economías no violentas, sostenibles y pacíficas que respeten el planeta y a las mujeres.

La era antropocénica: la humanidad elige ser destructiva o creativa

Cuando escribimos *Ecofeminismo*, planteamos la cuestión de la ciencia mecanicista, reduccionista, y la actitud de dominio y conquista de la naturaleza como expresión del patriarcado capitalista. En la actualidad, la lucha entre una perspectiva ecologista y feminista del mundo y una perspectiva determinada por el patriarcado capitalista es más encarnizada que nunca.

Esta lucha es especialmente enconada en el ámbito de los alimentos. Los organismos modificados genéticamente (GMO, por sus siglas en inglés) encarnan la visión del patriarcado capitalista. Perpetúan la idea de las «moléculas maestras» y del reduccionismo mecanicista mucho después de que las ciencias de la vida los hayan superado; por otra parte, las patentes de vida reflejan la ilusión patriarcal capitalista de la creación. No tiene nada que ver

con la ciencia considerar el ADN como una «molécula maestra» o la ingeniería genética como un juego de Lego, en el que los genes se mueven por ahí sin tener ningún impacto en el organismo o el entorno: se trata de una pseudociencia que ha adquirido el estatus de religión.

La ciencia no puede justificar patentes de vida o de semillas. Barajar genes no es crear vida; los organismos vivos se hacen a sí mismos. Las patentes de semillas equivalen a negar las aportaciones de millones de años de evolución y miles de años de cultivo y reproducción por parte de los granjeros. Cabría decir que se ha instalado una nueva religión, una nueva cosmología, un nuevo mito de la creación, en virtud del cual las multinacionales biotecnológicas como Monsanto sustituyen a la Creación en tanto que «creadores». GMO significa «Dios, hazte a un lado» (God Move Over). Ya lo dijo Steward Brand: «Somos como dioses, y mejor que nos vayamos acostumbrando a ello.»

Ahora los científicos dicen que hemos entrado en una era nueva, la antropocénica, la era en que nuestra especie, la humana, ha llegado a ser la fuerza más importante del planeta. En la actualidad, el cambio climático y la extinción de las especies se deben a la actividad humana y a la tremenda huella ecológica de nuestra especie.

Las catástrofes climáticas y los episodios climáticos extremos ya están cobrándose vidas: las inundaciones de Tailandia en 2011 y en Pakistán y Ladakh en 2010, los incendios forestales de Rusia, los ciclones y huracanes más frecuentes y destructivos, y diversas sequías graves son ejemplos de cómo los seres humanos han desestabilizado el sistema climático de nuestro autorregulado planeta, en el que llevábamos 10.000 años con un clima estable. Mediante la agricultura industrial, los seres humanos hemos provocado la extinción del 75 por ciento de la biodiversidad agrícola. Cada día se extinguen entre tres y 300 especies.

El modo en que evolucionarán el planeta y los seres humanos dependerá de cómo evaluemos el impacto humano en el planeta. Si seguimos considerando que nuestro papel está enraizado en el viejo paradigma del patriarcado capitalista —basado en una

cosmovisión mecanicista, una economía competitiva, industrial, centrada en el capital, y una cultura de la dominación, la violencia, la guerra y la irresponsabilidad ecológica—, veremos que rápidamente aumentan las catástrofes climáticas, se acelera la extinción de especies, y se agrava el colapso económico y la injusticia y la desigualdad humanas.

Esto es el destructivo Antropoceno de la arrogancia y la vanidad humanas. Podemos visualizarlo en el intento de los científicos por hacer que la geoingeniería, la ingeniería genética y la biología sintética funcionen como arreglos tecnológicos de la crisis climática, la crisis alimentaria y la crisis energética. No obstante, así solo se agravarán viejos problemas y crearán otros nuevos. Ya lo hemos visto con la ingeniería genética: se suponía que incrementaría la producción de alimentos, pero no ha conseguido aumentar el rendimiento de los cultivos; se suponía que reduciría el uso de productos químicos, pero ha incrementado el uso de pesticidas y herbicidas; se suponía que controlaría las malas hierbas y las plagas, y sin embargo ha creado superhierbas y superplagas.

Nos encontramos en medio de una contienda épica, la contienda entre los derechos de la Madre Tierra y los de las multinacionales y los estados militarizados que, mediante cosmovisiones y paradigmas obsoletos, aceleran la guerra contra el planeta y las personas. Este combate se libra entre las leyes de Gaia y las del mercado y la guerra. Es un enfrentamiento entre la guerra contra el planeta Tierra y la paz con él. La guerra planetaria está teniendo lugar con geoingeniería: creando volcanes artificiales, fertilizando los mares con limaduras de hierro, colocando reflectores en el cielo para impedir que el sol brille sobre la Tierra, desplazando el problema real de la violencia del hombre contra el planeta y la ignorancia arrogante a la hora de afrontarlo.

En 1997, Edward Teller fue coautor de un libro blanco, *Prospects for Physics-based Modulation of Global Change* [Perspectivas de la modulación del cambio global basada en la física], en el que defendía la introducción a gran escala de partículas metálicas en la atmósfera superior para que funcionasen como un «filtro solar» efectivo.

El Pentágono está intentando producir organismos sintéticos inmortales con el fin de eliminar «la aleatoriedad del progreso evolutivo natural». Lo que se está haciendo con el clima se le está haciendo al código evolutivo del universo, con indiferencia total respecto a las consecuencias.

La biología sintética es una industria que crea «organismos de diseño para que actúen como fábricas vivas». «Con la biología sintética existe la esperanza de que, construyendo sistemas biológicos desde la nada, estos creen sistemas biológicos que funcionen como ordenadores o fábricas.» El objetivo es que sea más fácil forjar la biología mediante el uso de «bioladrillos»:

Mediante el uso de partes estandarizadas, siguiendo un proceso de diseño formalizado, el enfoque que los ingenieros hacen de la biología convierte a esta en una disciplina ingenieril, que requiere la reducción de la complejidad biológica: un planteamiento ingenieril de la biología basado en los principios de la estandarización, la descompilación y la abstracción, y la plena confianza en las tecnologías de la información.

No obstante, las plantas y los ecosistemas «ingenieriles» tienen impactos ecológicos imprevisibles y no deseados. Por ejemplo, la Revolución Verde afectó a la biodiversidad, los recursos hídricos, la fertilidad del suelo e incluso la atmósfera, con el 40 por ciento de los gases de efecto invernadero procedentes de la agricultura industrializada, globalizada. La segunda Revolución Verde ha provocado la aparición de superplagas y superhierbas y un mayor uso de herbicidas y pesticidas.

La tercera Revolución Verde, basada en la biología sintética, se apropiará de la biomasa de los pobres aun vendiendo «vida artificial». Hay una dura competencia por los recursos de la Tierra y la propiedad de la naturaleza. Las grandes empresas del petróleo, productos farmacéuticos, alimentos y semillas están aunando esfuerzos para apoderarse de la biodiversidad y la biomasa —el carbono vivo— con el fin de ampliar la era de los combustibles fósiles y del carbono muerto. Según las multinacionales, el 75 por

ciento de la biomasa utilizada por la naturaleza y las comunidades locales es un «desperdicio». Les gustaría hacerse con la riqueza viva del planeta para fabricar biocombustibles, productos químicos y plásticos, lo cual despojará a los pobres de sus auténticas fuentes de vida y sustento. Los instrumentos del nuevo desposeimiento son diversas herramientas tecnológicas de ingeniería genética y biología sintética así como los derechos de propiedad intelectual.

Llegar al punto de que la riqueza viva del planeta sea propiedad de las multinacionales gracias a las patentes es una receta ideal para aumentar la pobreza y la crisis ecológica. La biodiversidad es el conjunto de nuestros bienes comunales, la base de la vida. Somos parte de la naturaleza, no sus amos o propietarios. Conceder derechos de propiedad intelectual a las formas de vida, los recursos vitales y los procesos vivos es una perversión ética, ecológica y económica. Hemos de reconocer los derechos de la Madre Tierra; de ahí el valor intrínseco de la totalidad de sus especies y procesos vivos.

El destructivo Antropoceno no es el único futuro. Podemos experimentar un cambio de paradigma. En el mundo ya está teniendo lugar un cambio en la conciencia. Es posible observar el impacto destructivo que ha tenido nuestra especie en la biodiversidad del planeta, los ecosistemas y los sistemas climáticos y evitarlo. El cambio ecológico conlleva no vernos a nosotros mismos fuera de la red ecológica de la vida, como amos, conquistadores y propietarios de los recursos de la Tierra. Significa considerarnos miembros de la familia Tierra, con responsabilidad para ocuparnos de las otras especies y la vida en el planeta en toda su diversidad, desde los microbios más diminutos hasta los mamíferos de gran tamaño. Esto crea el imperativo de vivir, producir y consumir dentro de los límites ecológicos y en nuestra cuota de espacio ecológico, sin violar los derechos de otras especies y otras personas. Este nuevo escenario reconoce que la ciencia ya ha efectuado un cambio de paradigma, desde la separación a la no separabilidad y la interconexión, desde lo mecanicista y reduccionista a lo relacional y holístico.

En el nivel económico, esto supone ir más allá de las categorías artificiales, incluso falsas, de crecimiento económico permanente,

es decir, el libre comercio, el consumismo y la competitividad. Significa centrarse en el bienestar planetario y humano, en las economías vivas, en vivir bien —no tener más—, en valorar la cooperación por encima de la competitividad. Estos son los cambios que están llevando a cabo multitud de comunidades indígenas, campesinos, mujeres y jóvenes en movimientos nuevos como el de los Indignados en Europa o el de Occupy Wall Street en EE UU.

Todo esto conlleva trabajar conjuntamente con la Tierra como cocreadores y coproductores, lo cual exige utilizar la inteligencia para conservar y curar, no conquistar y lastimar. Este es el creativo y constructivo Antropoceno de la Democracia en la Tierra, cimentado en la humildad ecológica y no en la arrogancia, en la responsabilidad ecológica y no en el negligente y ciego ejercicio del poder, el control o la violencia. Para que los seres humanos protejan la vida en el planeta y su propio futuro, hemos de llegar a ser sumamente conscientes de los derechos de la Madre Tierra, de nuestras obligaciones para con ella y de nuestra compasión hacia todos sus seres. Nuestro mundo ha sido estructurado por el patriarcado capitalista en torno a ficciones y abstracciones como «capital», «multinacionales» o «crecimiento», que han posibilitado el desencadenamiento de las fuerzas negativas del Antropoceno destructivo. Tenemos que volver a conectar con la realidad —con la Tierra, su diversidad y sus procesos vivos— y desencadenar las fuerzas positivas de un Antropoceno creativo.

O bien hacemos las paces con la Tierra, o bien nos enfrentamos a la extinción como seres humanos al tiempo que empujamos también a la extinción a millones de otras especies. Proseguir la guerra contra la Tierra no es una opción inteligente.

Maria Mies

Cuando vuelvo a leer la Introducción a la edición de 1993 de *Ecofeminismo*, observo que veinte años después casi no hay que cambiar nada. Todas nuestras preocupaciones sobre la opresión de las mujeres y la explotación de la naturaleza, nuestra indignación y nuestras críticas por el asesinato implacable de nuestra Madre Tierra común siguen siendo las mismas.

Sin embargo, me hago preguntas: ¿Es todo exactamente *igual*? ¿O ciertas cosas han cambiado de tal manera que hace falta una nueva edición de *Ecofeminismo*? ¿Cuáles son estas cuestiones nuevas? ¿Existe continuidad entre el entonces y el ahora? También queremos saber si hay respuesta a la pregunta crucial: ¿Cuál es la alternativa? En este prefacio, intentaré contestar a estas preguntas.

¿Qué es hoy todavía lo mismo?

Violencia contra la naturaleza y las mujeres

Uno de los problemas invariables es que en todo el mundo se siguen construyendo centrales nucleares. En los años noventa, tanto en Estados Unidos como en Europa hubo amplias movilizaciones contra la industria atómica. Miles de personas de todos los estratos sociales tomaron las calles. En Alemania, la gente entendió enseguida que las centrales nucleares no se construían con el fin principal de obtener energía para fines pacíficos, sino a todas luces para combatir contra el Gran Enemigo del Este, la Unión Soviética, cuya zona de influencia empezaba al otro lado del Muro de Berlín. Había miedo de que desde Alemania se iniciara una nueva guerra mundial.

Las feministas nos sumamos a este movimiento desde el comienzo mismo. No solo participamos en las manifestaciones, los campamentos de protesta o las sentadas, sino que también organizamos nuestras propias acciones antinucleares. En las manifestaciones creamos «bloques feministas» especiales. Uno de los lemas era: «La guerra contra las mujeres continúa en la paz.» A los hombres este

eslogan no les gustaba. Estaba claro que el daño causado por la lluvia radiactiva no podría eliminarse nunca de la Tierra. De modo que veíamos una relación entre la violencia contra las mujeres y los niños y la violencia contra la naturaleza. También considerábamos que la energía nuclear no tenía nada que ver con otras tecnologías modernas. Los hombres que trabajaban en el Proyecto Manhattan de Los Álamos no querían entender la naturaleza, eso es todo. Sabían lo que estaban haciendo. Brian Easley descubrió que se consideraban a sí mismos como «padres». La bomba era su «bebé», su hijo. Antes de que se lanzara la bomba sobre Hiroshima, esos hombres tenían contraseñas para el éxito de su invento. Si se producía una explosión grande, la clave era «Hombre Gordo»; si la explosión era pequeña, «Niño Pequeño». Tras el «éxito» del lanzamiento de la bomba sobre Hiroshima, se felicitaron unos a otros por el nacimiento de su «Niño Pequeño». Después de Nagasaki, ya fue un «Hombre Gordo». ¡Felicidades! Por tanto, Easley llamó a los inventores de la bomba atómica los «padres de la destrucción».¹

Comprendimos al fin que la ciencia moderna era efectivamente una «ocurrencia» de esos «padres de la destrucción» modernos. Para construir máquinas nuevas no necesitaban mujeres humanas como madres. Esta percepción nos llevó a una crítica fundamental de la ciencia moderna, una ciencia que no sabe de sentimientos, de sentido moral ni de responsabilidad: para producir esta tecnología, en todas sus variantes, necesitan violencia. También entendimos que, desde el inicio del patriarcado, las mujeres de todo el mundo fueron también tratadas como «naturaleza», desprovistas de racionalidad, con su cuerpo funcionando de la misma manera instintiva que los otros mamíferos. Al igual que la naturaleza, podían ser oprimidas, explotadas y dominadas por el hombre. Y los instrumentos para ello son la ciencia, la tecnología y la violencia.

La destrucción de la naturaleza, las nuevas armas, la ingeniería genética, la agricultura moderna y otros inventos de nuestra época son «ocurrencias», ideas de esta ciencia reduccionista, supuesta-

1. Brian Easley, *Fathering the Unthinkable, Masculinity, Scientists and the New Arms Race*, Pluto Press, Londres, 1986.

mente carente de valores. No adquirimos estos conocimientos en la Biblioteca Británica, donde Marx había estudiado el capitalismo. Aprendimos la lección en la «universidad de la calle», como la llamo yo. Éramos eruditas en activismo. De entrada, no nos basábamos en el saber de los libros, sino en la experiencia, la lucha y la práctica. Mediante una red mundial de mujeres de ideas afines, aprendimos sobre métodos de protesta, éxitos y fracasos. Como las mujeres de Greenham Common, Inglaterra, bloqueamos las bases americanas de misiles de Alemania. Aunamos fuerzas con nuestras hermanas americanas para rodear el Pentágono formando una cadena de mujeres. Tras esta acción del Pentágono, se creó una nueva red global: Mujeres y Vida en la Tierra (WLOE, por sus siglas en inglés), que todavía existe en la actualidad.

No obstante, los «padres de la destrucción» son incapaces de aprender y tienen mala memoria. Después de Hiroshima y Nagasaki no aprendieron nada. Tampoco aprendieron nada de la explosión de la central nuclear de Chernóbil, accidente que según ellos no se habría producido. Siguieron construyendo más centrales nucleares en más países prometiendo que serían totalmente seguras y más eficientes. Ni siquiera Japón aprendió de Hiroshima y Nagasaki... o Chernóbil. También se suponía que la central nuclear de Fukushima contaba con la tecnología más segura. Cuando explotó en 2011, el daño causado a las personas y al entorno fue descomunal y no pudo ser «reparado». Con todo, el nuevo gobierno japonés promete que construirá más centrales nucleares más seguras. Hiroshima, Nagasaki, Chernóbil y Fukushima son solo nombres de un sistema que promete una vida mejor para todos pero acaba matando la propia vida.

Violencia contra las mujeres y biotecnología

Antes de entender la profunda conexión entre las mujeres y la naturaleza, comenzamos a combatir la violencia de los hombres contra las mujeres en nuestra casa, nuestra ciudad, nuestro país y el mundo. En esta esfera, también empezamos con acciones a partir de las cuales adquirimos nuestras percepciones teóricas. La

violencia contra las mujeres fue efectivamente el primer problema que movilizó a las mujeres del mundo entero.

En la década de los setenta, queríamos parar esta violencia en sus diversas formas: violación, palizas, mobbing [acoso, maltrato psicológico], leyes contra el aborto, discriminación de las mujeres y conducta sexista en todas sus manifestaciones. En Colonia, donde vivo, mis alumnos y yo emprendimos una campaña para dar refugio a mujeres golpeadas por sus maridos. Empezamos en la primavera de 1976, y a finales del año ya teníamos nuestra *Frauenhaus*. En la Parte I del libro, el lector encontrará una amplia descripción de esta lucha. Para mí, las lecciones aprendidas en el proceso fueron esenciales. Primero supe lo extendida e inhumana que era la violencia contra las mujeres en Alemania, un país presuntamente civilizado. En todo caso, la lección más importante fue esta: no puedes entender una situación social insoportable a menos que intentes cambiarla. Para «estudiar» la cuestión de la violencia doméstica, no utilizamos las herramientas metodológicas habituales, a saber, la recopilación de datos estadísticos para cuantificar la «necesidad» de una intervención social. No leímos previamente libros sobre violencia doméstica en Alemania. Comenzamos con acciones callejeras y exigimos una casa para mujeres maltratadas. La respuesta a nuestras demandas de una *Frauenhaus* fue enorme, y al cabo de siete meses ya la teníamos. Este conflicto me enseñó una lección fundamental para mi vida futura: la experiencia y la lucha van por delante del estudio teórico.

Cuando recuerdo este aprendizaje mediante la acción social, pienso a menudo en la famosa Tesis 11 de las *Tesis sobre Feuerbach*, de Marx: «Los filósofos han interpretado el mundo de diferentes maneras; ahora se trata de transformarlo.» Intentamos cambiar el mundo antes de empezar a filosofar sobre él. De todos modos, nuestros esfuerzos no siempre fueron fructíferos.

A pesar de las numerosas luchas feministas contra la violencia masculina, esta no ha desaparecido; al contrario, ha aumentado. Todavía es un componente esencial de todas las instituciones de las sociedades patriarcales. Es parte de la economía, la familia, la religión, la política, los medios de comunicación, la cultura. Se da tanto en países supuestamente civilizados como en países

«atrasados». Las formas de esta violencia acaso difieran, pero la esencia es la misma.

En las nuevas guerras iniciadas a raíz del 11 de septiembre, la violencia contra las mujeres es un efecto secundario «normal», un «daño colateral». La diferencia está en la preparación que hoy en día adquieren los jóvenes gracias a juegos de ordenador violentos. Estos juegos enseñan a «chicos» de todas las edades a establecer un objetivo y matar a un enemigo. Los jóvenes se hacen mayores dominando esta tecnología informática que sirve para luchar contra enemigos virtuales en guerras virtuales. No es de extrañar que luego ejerzan esta violencia en la vida real. La industria de los juegos de ordenador es una de las que más deprisa crece en el mundo. Sus promotores alegan que los niños son capaces de diferenciar entre realidad «virtual» y realidad «real». En la actualidad, las nuevas guerras las libran en gran medida esta clase de «chicos» que se sientan frente a un ordenador, pulsan un botón y mandan un misil o un dron a matar «terroristas» en Afganistán o Pakistán. Atacan y matan sin sentir nada y sin ser atacados. Estas guerras nuevas son para ellos tan virtuales como las de sus juegos de ordenador. Sin embargo, forman parte de la formación militar generadora de hombres que no saben qué es una relación afectuosa con mujeres reales ni con la naturaleza real.

En consecuencia, la violencia «real» contra mujeres reales y minorías, como los inmigrantes de entornos racializados, ha aumentado y es más cruel que antes. En cualquier caso, ahora son más quienes consideran que la violencia masculina contra las mujeres está programada genéticamente.

La violencia en internet y las guerras en internet son novedades que debemos a los «padres de la destrucción»; otra es la tecnología genética y reproductiva. Todas han cambiado absolutamente nuestra visión del mundo y la antropología. Según estos avances, la mayoría de los genetistas entienden que la conducta humana está determinada sobre todo por los genes. De ahí que la violencia de los hombres se considere consecuencia de su estructura genética. Lo mismo vale para las guerras. Se parte de la base de que los hombres son «guerreros» por naturaleza. Si no son guerreros, no

son hombres de verdad. Sin embargo, la violencia de los hombres contra las mujeres y otros «enemigos» no está determinada por los genes. Los hombres no son violadores por naturaleza ni tampoco están programados genéticamente para ser asesinos de la Madre Naturaleza, el origen de toda vida. Esta violencia resulta de un paradigma social que se inició hace unos 8.000 años, cuyo nombre es «patriarcado». Aunque ya abordamos del patriarcado en el libro de 1993, no hablamos de él de forma específica. Solo surgió cuando se planteó la cuestión de por qué el patriarcado no había desaparecido con la llegada del capitalismo, o cuando teníamos que encontrar un nombre para el paradigma que destruía a las mujeres y la naturaleza. Siguiendo a Claudia von Werlhof, denominamos a este paradigma «patriarcado capitalista».²

La civilización patriarcal es el esfuerzo por resolver un problema del género masculino, a saber, el hecho de que los hombres no pueden producir vida humana por cuenta propia. No son el principio. Sin las mujeres, no pueden producir niños, en especial varones. El principio son las madres. Esto ya era evidente en la antigua Grecia. Las madres son *arche*, el comienzo de la vida humana. Por tanto, los hombres inventaron tecnologías para las cuales las madres no hacen ninguna falta. La bomba atómica, las tecnologías reproductivas y genéticas o internet pertenecen a esta clase de «hijos huérfanos».

Otra forma de violencia contra las mujeres sigue siendo la misma que en 1993: las tecnologías genéticas y reproductivas. Con la fabricación artificial del primer bebé probeta, Louise Brown, quedó claro que las mujeres habían perdido su antiquísimo monopolio sobre el nacimiento. En lo sucesivo, los ingenieros reproductivos masculinos podrían producir un bebé sin las mujeres. Ahora la ingeniería genética controlaría todos los procesos genéticos y biológicos mediante los cuales se produciría, reproduciría y manipularía vida humana y

2. Claudia von Werlhof, «The Failure of Modern Civilization and the Struggle for a 'Deep' Alternative: A Critical Theory of Patriarchy as a New Paradigm», en *Beiträge zur Dissidenz* 26, Peter Lang Verlag, Francfort, 2011.

animal. Parece que el hombre ha llegado por fin a ser creador de vida. Para crear vida humana nueva ya no es necesaria una relación humana entre un hombre y una mujer.

Comprendimos las trascendentales consecuencias de estos inventos. En esa época, las ecofeministas de todo el mundo emprendimos una campaña internacional contra estas tecnologías nuevas. En 1985 fundamos la Red Internacional Feminista de Resistencia a la Ingeniería Reproductiva y Genética (FINRRAGE, por sus siglas en inglés). Teníamos claro que la invención de la ingeniería genética y reproductiva no era solo resultado de la curiosidad inocente del hombre por entender la naturaleza, sino que, al igual que sucedía con la energía nuclear, la biotecnología se inventó para superar los límites que la naturaleza ha impuesto a los seres humanos. Y mediante la liberalización de las leyes sobre patentes, la privatización y la comercialización acabaron siendo un mercado nuevo. Estas nuevas mercancías patentadas habían sido propiedad pública, bienes comunales; ahora se podían comprar y vender. Sin la tecnología genética, quizá Monsanto no habría llegado a ser el gigante que actualmente controla la agricultura y la industria alimentaria global.

En todo caso, la violencia contra las mujeres no es solo un «efecto secundario de la guerra y la ciencia modernas» (que están interconectadas), sino que es todavía una característica normal de la sociedad moderna, civilizada. Muchas personas se escandalizaron ante las últimas violaciones colectivas en la India, pero no cuando se produjeron los primeros bebés probeta gracias a una tecnología inventada por los hombres. No se indignaron cuando se introdujo el arroz manipulado genéticamente durante la Revolución Verde en la India y otros países pobres. Vandana Shiva fue la primera en revelar que aquella Revolución Verde no solo estaba destruyendo la inmensa diversidad de variedades de arroz preservadas por las mujeres a lo largo de siglos, sino que además estaba generando una nueva oleada de violencia directa contra las mujeres.

Otro ejemplo de violencia directa contra la naturaleza, las personas y las generaciones futuras es la reestructuración de toda la economía mundial conforme a los principios del neoliberalismo:

globalización, liberalización, privatización y competencia universal. Desde la incorporación de todos los países al libre comercio, las empresas transnacionales (TNC, por sus siglas en inglés) han trasladado parte de su producción a «países de mano de obra barata». Bangladesh es uno de estos países. Como sabemos, los trabajadores más baratos entre los baratos son, en todas partes, las mujeres jóvenes. En torno al 90 por ciento de los trabajadores de las fábricas textiles de Bangladesh son chicas. Sus salarios son los más bajos del mundo. Las condiciones laborales son inhumanas: en los numerosos incendios que ha habido han muerto centenares de trabajadoras. No hay contratos de trabajo ni normas de seguridad. Los edificios de las fábricas no son seguros, y a menudo las mujeres tienen que trabajar más de doce horas diarias. El reciente desastre del Rana Plaza, en Dhaka, en el que murieron más de 1.100 personas y muchas más resultaron heridas, la mayoría de ellas mujeres, es un ejemplo de la tremenda violencia contra las mujeres provocada por esta Nueva Economía. Sin esta violencia, el capitalismo no podría mantener su obsesión con el crecimiento.

Estos son solo algunos de los casos más espectaculares que justifican las razones por las que escribimos *Ecofeminismo* hace veinte años y que hoy siguen vigentes. De hecho, ahora la situación es incluso peor y ha alcanzado dimensiones más gigantescas y amenazadoras. Por tanto, hemos de ver lo que ha cambiado desde 1993.

¿Qué es diferente hoy?

Lo primero que me viene a la cabeza cuando formulo esta pregunta es el desplome del World Trade Center de Nueva York el 11 de septiembre de 2001, acontecimiento al que desde entonces nos referimos poniendo solo 11-S. Por primera vez en su historia, Estados Unidos se dio cuenta de que era vulnerable. El presidente George W. Bush acuñó enseguida un nombre para estos criminales que destruyeron el wtc, símbolo del capitalismo global. Eran *terroristas*. Y el terrorismo acabó siendo el nuevo enemigo de todo el «mundo libre». Bush también puso nombre al contexto ideológico que había inspirado a esos terroristas, a saber, el islam. Así pues,

el viejo enemigo del mundo libre, el comunismo, ya tenía sustituto: terrorismo e islam. Es impresionante lo rápido que este enemigo nuevo cambió la vida pública y privada en EE UU y más adelante en el mundo entero. Se aprobó enseguida una nueva ley, la Homeland Security Act [Ley de seguridad interior], que protegería de la amenaza del terrorismo al país y los ciudadanos. Los países de la OTAN siguieron el ejemplo de EE UU y promulgaron de inmediato leyes de seguridad parecidas sin demasiada oposición en sus respectivos parlamentos. En los aeropuertos introdujeron los mismos controles de seguridad que en Estados Unidos. Con el tiempo, este sistema de control se fue perfeccionando y generalizando, hasta que al final los sistemas de seguridad de Estados Unidos y de la OTAN fueron capaces de espiar a cualquier ciudadano. Al mismo tiempo, comenzaron nuevas guerras contra países con mayoría musulmana. La primera fue la invasión de Afganistán por tropas norteamericanas. El siguiente objetivo sería Irak.

Al principio pensaba yo que el verdadero objetivo de estas guerras nuevas era controlar las reservas de petróleo de esos países. Sin embargo, lo que me sorprendió de entrada, sobre todo con respecto a Afganistán, era que parte de la legitimización de esa guerra, además de eliminar a Al Qaeda, era liberar a las mujeres de sus tradiciones retrógradas, islámicas, como llevar un velo, el hijab. No solo EE UU, sino también sus socios europeos de la OTAN, Alemania, Francia, Holanda y otros, ¡aparecieron en el nuevo escenario bélico como los grandes libertadores de las mujeres! ¿Cuándo y dónde se han librado guerras para «emancipar» a las mujeres del enemigo? Todo el mundo sabe que las mujeres del enemigo son las primeras víctimas de los vencedores. Son violadas, maltratadas y humilladas. ¿Se supone que ahora unos hombres extranjeros van a emanciparlas «quitándoles el velo»? Es la justificación más ridícula de la guerra moderna que he oído jamás.

Lo que hoy es diferente es la nueva crisis en los países ricos de Occidente, primero en EE UU y ahora en Europa. Nadie sabe cómo y cuándo terminará. Los políticos ya no saben qué hacer, al igual que los economistas y los directores de las grandes empresas. De repente ha vuelto la pobreza al mundo occidental. Los países del

sur de Europa se ven más afectados por la crisis que los del norte. De hecho, esta crisis nueva ha dividido la eurozona en dos partes: el norte rico y el sur pobre. Grecia, España, Italia y Chipre deben tanto a bancos poderosos como el Deutsche Bank que prácticamente se han convertido en mendigos dependientes de préstamos de Alemania y los otros países ricos.

Esta crisis es diferente de las anteriores debido al agotamiento de los recursos que antes habrían podido utilizarse para la recuperación de la economía. El petróleo, el gas y materias primas como el carbón, el hierro y otros metales han acabado escaseando. Sin embargo, lo más peligroso es el agotamiento, el deterioro o la destrucción de los elementos fundamentales de los que depende la vida en el planeta: el agua, la tierra, el aire, los bosques y por último, aunque no por ello menos importante, el clima. Si estos elementos vitales ya no están presentes o han sufrido daños sustanciales, ya no es posible la vida en el planeta.

¿Cuál es la alternativa?

Cada vez más personas, en especial los jóvenes, creen que en este escenario no tienen futuro. Empiezan rebelándose contra este sistema asesino, contra la dominación del dinero en todos los órdenes de la vida, y exigen un cambio esencial. Occupy Wall Street inspiró una protesta similar —Blockupy— frente al Deutsche Bank de Frankfurt. Grandes manifestaciones contra las políticas de austeridad en Grecia, España, Portugal e Italia ponen de manifiesto que la gente quiere un cambio. En el norte de África, la población también exige reformas. Cuando comenzó su revuelta, los medios occidentales la llamaron «primavera árabe». La indignación de las personas iba dirigida contra regímenes corruptos y dictatoriales. Reclamaban democracia y trabajo. Pero, ¿qué significa exactamente ese cambio? ¿Quieren solo deshacerse de un dictador y acabar con la corrupción o aspiran a un sistema totalmente nuevo basado en una nueva visión del mundo?

Cuando escribimos *Ecofeminismo*, formulamos las mismas preguntas desde el punto de vista de una mujer. ¿Qué alternativa

podía haber? ¿Cuál sería el nuevo paradigma, la nueva visión? A esta idea la llamamos «perspectiva de subsistencia». Hoy todavía no sé cómo conceptualizar mejor lo que podría ser un mundo nuevo. De todos modos, sí tengo clara una cosa: este «mundo nuevo» no llegará con un Big Bang o una Gran Revolución, sino cuando nos pongamos a sembrar semillas nuevas de este «mundo nuevo» mientras aún estemos viviendo en el viejo. Para que estas semillas crezcan y den fruto hará falta tiempo; no obstante, muchas personas ya han empezado a plantarlas. Farida Akhter, de Bangladesh, habla de este proceso en su libro *Seeds of Movements: On Women's Issues in Bangladesh* [Semillas de movimientos: sobre temas de mujeres en Bangladesh],³ donde pone de relieve que las mujeres serán las principales sembradoras de estas semillas toda vez que ellas y sus hijos son quienes más han sufrido en el viejo mundo de los «padres de la destrucción».

Hace unos años fui invitada por la Asociación de Mujeres Rurales Católicas a pronunciar una conferencia en Trier. Se suponía que iba a hablar de subsistencia. Andaba un poco despistada. ¿Qué debía decir? ¿Cómo iba a explicar la subsistencia a mujeres rurales de la ciudad donde había nacido Marx? Sin embargo, cuando entré en la sala vi una gran pancarta, sujeta al estrado, con esta inscripción: «Nuestra casa es el mundo.» Estábamos en octubre, y las mujeres habían traído consigo los frutos de su labor en primavera, verano y otoño: coles, alubias, zanahorias, patatas, manzanas, peras, ciruelas, remolachas; y también flores. Lo habían dejado todo sobre el estrado, delante de mí. Sobre la subsistencia solo pude decir esto: ¡*Nuestra casa es el mundo! Cuidémoslo.*

Consideramos que la nueva edición de este libro es también una aportación a esta preocupación por el mundo.

Julio de 2013

3. Farida Akhter, *Seeds of Movements: On Women's Issues in Bangladesh*, Narigrantha Prabantana, Dhaka, 2007.